

RAZÓN Y FE: CÓMO SE CULTIVA LA MENTE CRISTIANA

Gonzalo A. Chamorro

Resumen. *El espíritu del antiintelectualismo de carácter pragmático y utilitarista que distingue a las naciones contemporáneas es el fiel reflejo de una sociedad que ya no se pregunta por la verdad, sino por el resultado. Hemos de reconocer que el cristianismo no ha estado exento de esta realidad. La falta de curiosidad intelectual nos interpela a recordar la importancia de razonar nuestra fe. En el presente artículo se analizará, a manera de esbozo, la crisis de fe y la decadencia de la cultura como dos elementos que están socavando lo que significa ser humano. Y presentará teológicamente el fundamento de la razón y la fe como dos concepciones inseparables.*

«Hoy estamos decididos a luchar con el objeto de presentar el Evangelio de tal modo que haga frente a los dilemas, temores y frustraciones modernos, pero estamos igualmente decididos a no comprometer el Evangelio bíblico con el fin de lograrlo».

John Stott

La secularización del hombre, la superficialidad de la cultura contemporánea, la carencia de una mente cristiana y la pérdida casi absoluta de principios éticos en una sociedad moralmente arbitraria se han constituido en los últimos años en un serio problema para la entera humanidad.



Ante estas circunstancias, en el presente artículo se desarrollará un breve análisis de la situación actual y nos «aproximaremos», como diría Karl Raimund Popper, a responder desde una perspectiva judeocristiana a los avatares que nos plantea el escenario «posmoderno» (Jean-François Lyotard).

La fe en crisis

Uno de los más lúcidos diagnósticos, a mediados del siglo XX, sobre la crisis de Dios en la modernidad, y que hasta el día de hoy repercute, nos lo ofreció el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer unos meses antes de ser ejecutado al decir que: «Nos encaminamos hacia una época totalmente irreligiosa..., ya que gracias al logro de la emancipación humana el hombre ha podido componérselas solo en todas las cuestiones sin recurrir a Dios como hipótesis de trabajo» (Bonhoeffer, 1969, p. 160).

Para Juan José Tamayo (1998), lo que expresó Bonhoeffer pareciera ser obvio en las cuestiones científicas, artísticas, e incluso éticas, y ya nadie osaría ponerlo en duda.

Hemos de reconocer que la «muerte» del Dios de la Revelación en el siglo XVIII y del dios de los filósofos en el siglo XIX ha repercutido hasta nuestros días en que el Dios de la tradición judeocristiana ha dejado de ser el centro de la moral, la intelección y el sentido fundamental de la vida. Y por esto, para muchos analistas, experimentamos una decadencia acelerada de la cultura y por extensión de la humanidad.

Lamentablemente esa emancipación humana, que se constituyó para Bonhoeffer en el horizonte racional de la modernidad, llevó por un lado al redescubrimiento de la subjetividad de la persona con identidad propia (Escuela de Marburgo) y por el otro, al despertar de una nueva conciencia histórico-crítica y científica (Escuela Hermenéutica de Heidelberg). Por esto, las relaciones entre la modernidad y la religión, entre Dios y la subjetividad constituyeron el clímax de la reflexión filosófica moderna (Tamayo, 1998, p. 7), y el paso por antonomasia para una espiritualidad de carácter subjetiva y antropocéntrica.

Así que, no es ese o aquel punto de la religión, no es ese o aquel atributo de Dios el que está en discusión, es la posibilidad de la «experiencia de Dios» la que está en juego en un mundo globalizado sin ideas claras y concretas. Nos hallamos ante una auténtica crisis de la fe.

Sin embargo, esa crisis nos permite reflexionar sobre el intenso trajinar del cristianismo en la «Aldea Global» (Marshall McLuhan) y, por supuesto, con esperanza y tenacidad se nos da la oportunidad de estructurar un discurso que nos permita volver a lo esencial, es decir, al dios de la historia, al dios de la revelación, al dios de la razón, al dios de la belleza, al dios de la encarnación. Por esto,

Es necesario pensar desde la fe el escenario cultural de fondo en el que somos llamados a dar testimonio de Jesucristo, a una cultura que, en su esencia, se nos revela en su actitud fundamental ante la cuestión de Dios y nos invita a preguntarnos una vez más por las razones de nuestra Fe y nuestra existencia cristiana. Esta situación nos invita volver a lo esencial en las formas y caminos en que Dios y el hombre se han encontrado en la historia y que han sido depositados en la experiencia eclesial (Cordovilla Pérez, 2012, p. 13).

No podemos olvidarnos de que el ser humano, creado a imagen de Dios, es vocación por naturaleza y está llamado a desempeñar una misión en el mundo (Gn 1:26-28).¹ No somos simples espectadores de lo que sucede, somos actores en la sociedad como seres humanos y como cristianos. El mundo es el escenario donde se representa el drama fundamental de la vida humana y por eso debemos responder al desafío de la crisis en cuestión.

En todo este proceso, vale la pena recordar que la idea de Dios tiene una permanente actualidad para todo ser humano que se interroga por el sentido de la vida. Esta idea une entre sí no solo a los hombres de todos los tiempos que se formulan preguntas religiosas, sino también a los no creyentes y a los ateos que se definen a sí mismos precisamente por su rechazo a la fe en Dios y perfilan de este modo su identidad como afrentada a Dios.

Si la pregunta sobre Dios une a todos los seres humanos y desempeña una función esencial en sus vidas, nos asisten buenas razones para situar la idea de Dios en el centro de la vida y la reflexión teológica y filosófica y, seguirnos preguntando: «¿cómo hablar de Dios sin religión, esto es, sin las premisas temporalmente condicionadas por la metafísica de la interioridad? ¿Cómo hablar mundanamente de Dios?» (Bonhoeffer, 1969, p. 161). O, ante la

1 «La condición de imagen de Dios hace del hombre una criatura excepcional. El cristianismo levanta sobre esta base una antropología que despliega ante la persona panoramas de belleza y grandeza de vida». Reinhardt (2006, pp. 302-303).

crisis de que vivimos como sociedades, ¿será posible desarrollar una nueva gramática para expresar la fe sin comprometer el Evangelio del reino de Dios? Esto, sin duda, nos presenta un gran desafío para quienes con sinceridad nos seguimos preguntando por el misterio que nos acoge y nos llama a dar testimonio de gracia y consolación a un mundo sin esperanza.

Decadencia de la cultura

«La cultura, en el sentido que tradicionalmente se ha dado a este vocablo, está en nuestros días a punto de desaparecer».

Mario Vargas Llosa

En su libro *La civilización del espectáculo* el Premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa describe de manera certera la decadencia de la cultura al decir que

La sociedad, está destruyendo la «alta cultura», pues la única manera de conseguir esa democratización universal de la cultura es empobreciéndola, volviéndola cada día más superficial (...). La cultura se transmite a través de la familia y cuando esta institución deja de funcionar de manera adecuada el resultado es «el deterioro de la cultura». Luego de la familia, la principal transmisora de la cultura a lo largo de las generaciones ha sido la Iglesia, no el colegio. No hay que confundir cultura con conocimiento. El conocimiento tiene que ver con la evolución de la técnica y las ciencias, y la cultura es algo anterior al conocimiento. La cultura ha dejado de ser erudita y se ha convertido en una genuina cultura de las masas (...). La intención es divertir y dar placer, posibilitar una evasión fácil y accesible para todos, sin necesidad de formación alguna, sin referente culturales concretos y eruditos (Vargas Llosa, 2012, pp. 15-16).

Ante eso, un segundo problema que se nos plantea además de la fe en crisis, es el rampante antiintelectualismo a nivel generalizado. De hecho, para John Stott, el mundo moderno ha dado a luz a las gemelas «falta de reflexión y falta de sentido» (Stott, 1996).

Contra estas gemelas las Sagradas Escrituras responden: «Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños

en la malicia, pero maduros en el modo de pensar» (1 Co 14:20). Pablo distingue dos esferas diferentes y dice en cuanto al mal uno debe ser tan inocente y tan ignorante como lo es un niño. Pero en el área del pensamiento hay que crecer y madurar (Stott, 1996).

A pesar de estas ordenanzas establecidas en la Biblia, resulta desalentador reconocer que en muchas de nuestras comunidades eclesíásticas también predomina este espíritu antiintelectual. Con cierta frustración tenemos que decir que las nuevas generaciones de creyentes tienden a ser activistas, sostenedores de una causa. El problema es que rara vez averiguan con seriedad si esa causa es un fin digno de preocuparse o si su acción es el mejor medio para lograrlo.

Muchos tienen celo sin conocimiento, entusiasmo sin instrucción. Es bueno el entusiasmo. Pero Dios quiere ambas cosas: entusiasmo dirigido por conocimiento, y este, inflamado por el entusiasmo. Tal cual como lo expresó Juan A. Mackay la entrega sin reflexión es fanatismo en acción. Pero la reflexión sin entrega es la parálisis de toda acción (Stott, 2004, p. 9).

Algunos creyentes cierran su mente junto con sus libros, convencidos de que el intelecto debe desempeñar solo una pequeña parte de la vida cristiana. Lo que san Pablo dijo acerca de los judíos incrédulos de sus días, podría decirse también de algunos creyentes en estos tiempos: «Porque yo soy testigo de que tienen celo por Dios, pero no conforme al verdadero conocimiento» (Ro 10:2).

En la actualidad muchos cristianos hacen de la experiencia el principal criterio de la verdad. Para este tipo de personas lo que importa en último término no es la doctrina sino la experiencia. Esto equivale a poner nuestra experiencia por encima de la verdad revelada de Dios. Otros dicen creer que Dios da deliberadamente a las personas manifestaciones ininteligibles a fin de pasar por sobre su orgullo intelecto y así humillarlos. Sin duda, Dios humilla el orgullo de los hombres; pero nunca desprecia la mente que él mismo ha creado (Stott, 2004, p. 10).

Tristemente en nuestra Latinoamérica «vivimos en un ambiente profundamente religioso, ardientemente bíblico pero teológicamente híbrido» (Stam, 2004a, p. 23). Y es a causa de esto que

La teología cristiana está en una encrucijada. Estamos frente al ineludible deber de escudriñar las Escrituras para asegurar que nuestra

fe es realmente una fe fundamentada en el Evangelio. Tenemos que escuchar y evaluar las nuevas ideas, con una mente suficientemente humilde y profundamente crítica (Stam, 2004b, p. 22).

Por tal motivo, ante esta decadencia de la mente cristiana resulta necesario desarrollar una profunda honradez intelectual y una integridad teológica frente a tanta deficiencia ético-hermenéutica. Sobre todo, porque debemos saber que el discurso teológico no es cualquier discurso. Es discurso sobre la más grande y sublime realidad, que es Dios. El profesor Olegario González de Cardedal nos recuerda que

El discurso teológico utiliza los recursos técnicos y las categorías especulativas que la razón va forjando a lo largo de la historia; pero los utiliza integrándolos en su horizonte propio y formando una totalidad conceptual nueva, que otorga a cada uno su verdadero sentido. La aportación de cada uno de ellos y la relación mutua entre sí forman un universo significativo propio. La articulación de la fe con los recursos de la razón crea la teología como «ciencia de la fe»; ciencia no en el sentido de las ciencias experimentales, aun cuando incluya datos positivos, ni en el sentido de una disciplina especulativa que procede de la pura reflexión sobre las estructuras constitutivas de lo humano, aun cuando muestre la universalidad posible de la fe, sino ciencia en el sentido de hermenéutica de un «don divino» y de un «dato» histórico divinos, que abren al hombre nuevas posibilidades cognoscitivas y activas (2008, p. 13).

Reflexiones preliminares

*«La libertad de la teología es la exigencia de atreverse
a creer (credere aude), de atreverse a afirmar
(assedere aude), de atreverse a pensar (sapere aude)
de atreverse a discernir los espíritus (discernere aude),
de atreverse a la fe».*

Eberhard Jüngel

Uno de los preliminares básicos de este breve artículo es hacer entender a la comunidad cristiana que la fe y la razón nunca se oponen. En este sentido, se pretende que el lector sepa que

La teología surge cuando una persona, guiada por la luz de la Fe y ejercitando su inteligencia, se adentra en el contenido y significado de la revelación divina. La teología cristiana, naciendo de la Palabra de Dios y del pensamiento del hombre sobre esa palabra, implica pensar, consentir, intelección y adhesión (...). Si la teología presupone la revelación de Dios y la fe del hombre, como su fuente y fundamento permanentes, comienza por pensar la fe misma y, en la luz de esa fe, piensa toda la realidad, la divina y la humana. Por eso la teología ha estado siempre transida de filosofía y sin esa sabiduría que aquella anticipa en todo hombre, preguntando por el ser y la existencia, el sentido y el futuro, la teología no es posible (González de Cardedal, 2008, p. 11).

Por eso, no podemos olvidarnos de que culto y filosofía, oración y razón eran para San Agustín de Hipona los dos pilares de la teología. De él es esta admirable exclamación: «*Repudiatis igitur omnibus qui neque in sacris philosophantur, neque in philosophia consecrantur* [lejos de nosotros quienes al pensar no oran y al orar no piensan]» (s. f., p. 7, 12).

Entonces, ¿por qué es importante que todo ser humano, y en especial todo creyente, use la mente que Dios le dio?

En primer lugar, porque es menester reconocer la relevancia del poder de los pensamientos de los seres humanos para plasmar sus acciones. De hecho la historia está llena de ejemplos de la influencia de las grandes ideas. «En todo movimiento poderoso hubo una filosofía que se apoderó de la mente, inflamó la imaginación y captó la devoción de sus seguidores» (Stott, 2004, p. 15). San Pablo, reflexionando sobre la importancia de la mente y el conocimiento de Dios, les recordó a la Iglesia de Corinto que: «(...) las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Co 10:4-5).

En segundo lugar, un uso apropiado de nuestra mente glorifica a nuestro Creador. Es necesario reconocer que nuestro Creador es un Dios racional que nos ha hecho seres racionales a su imagen y semejanza, y nos ha dado tanto en la naturaleza como en las Escrituras una doble revelación racional de sí mismo.

Por eso aceptamos lo que dijo Francis Bacon en el siglo XVII y que Darwin puso en las hojas de su libro *El Origen de las especies*: Dios ha escrito dos libros y no uno. El libro de sus obras

que llamamos naturaleza y el libro de sus palabras que llamamos Escrituras (Stott, 1996).

En el primero (la naturaleza) Dios ha revelado su gloria (Sal 19:1). En el segundo (la Escritura) ha revelado su gracia, y el camino de la salvación a través de Jesucristo. En este sentido la ciencia debería ser un ensayo de los seres humanos por entender y sistematizar lo que Dios ha revelado en la naturaleza y la teología un intento de los seres humanos por entender y sistematizar lo que Dios ha revelado en la Escritura. Ambas investigaciones son la revelación divina, son exploraciones de la mente de Dios, porque él ha revelado su mente tanto en la Escrituras como en la naturaleza y de ambas Johann Kepler, el astrónomo del siglo XVII, dijo: «Tanto en la Escritura como en la naturaleza o en la teología y en la ciencia pensamos los pensamientos de Dios después de Él» (Stott, 1996).

En tercer lugar, se concluye que el estudio de la Biblia y el estudio de la naturaleza siempre van de la mano. De hecho toda la investigación científica se basa en las convicciones de que el universo es un sistema intangible y que hay una correspondencia fundamental entre la mente del investigador y su investigación, esto es la racionalidad. La razón es que Dios puso su racionalidad en el Universo y en nosotros. Por eso no es casualidad de que muchos pioneros de la Revolución científica fueran creyentes. Lo eran porque ellos creían en la racionalidad del Universo.²

Por todo eso, es necesario sostener que el ser humano fue creado para pensar. Dios lo hizo a su imagen, y una de las características más nobles de la semejanza divina en el ser humano es su capacidad para reflexionar, crear cultura y expresarse a través de la belleza. De hecho uno de los pasajes más importantes del Antiguo Testamento, como ya lo habíamos expresado anteriormente, es Génesis 1:26, «que para muchos constituye el núcleo esencial de la concepción cristiana del hombre» (Luna, 2004, p. 365). Elizabeth Reinhardt dice al respecto que

2 Para ver más detalles sobre este punto, el autor de este artículo recomienda los libros de Francis Collins (2017) *¿Cómo habla Dios? Evidencia científica de la fe* (Barcelona: Ariel), Cf. Édouard Boné (2000) *¿Es Dios una hipótesis inútil? Evolución y Bioética, Ciencia y Fe* (Santander: Sal Terrae); Ian G. Barbour (2004) *El encuentro entre ciencia y religión: ¿Rivales desconocidas o compañeras de viaje?* (Santander: Sal Terrae).

La condición de imagen de Dios hace del hombre una criatura excepcional. El cristianismo levanta sobre esta base una antropología que despliega ante la persona panoramas de belleza y grandeza de vida. Pero si es cierto que la imagen de Dios es una doctrina profundamente asumida en el cristianismo, algunos expertos en la materia hacen notar que está poco explorada en su riqueza e implicaciones (Reinhardt, 2006, pp. 302-303).

La interpretación clásica de este texto enseña que el hombre es imagen de Dios por estar dotado de inteligencia y voluntad. El hombre es capaz de unirse a Dios actuando libremente y con dominio sobre las criaturas, ordenando la creación hacia Él.³ Por esto la antropología de raíz cristiana, en efecto, se apoya esencialmente en la noción veterotestamentaria del hombre, varón y mujer, creados «a imagen de Dios» (Gn 1: 26-28) y llamados, como tales, a desarrollar su existencia en comunión con Dios mismo y entre sí (Gn 2: 18-25) (Aranda, 2006, p. 600).

Esta racionalidad básica del ser humano, por creación, se da por sentado en toda la Biblia. En realidad sobre ella basa toda la Escritura el argumento normal de que, puesto que el ser humano es diferente de los animales, debe comportarse en forma diferente. De aquí que el salmista recuerde a sus lectores:

Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; Sobre ti fijaré mis ojos. No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti (Sal 32:8-9).

El ser humano es reprendido cuando su conducta resulta ser más bestial que humana, «Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti» (Sal 73:22), y cuando la conducta de los animales es más humana que la de algunos hombres y mujeres.

Todos queremos recibir la guía de Dios, pero muchos ven la guía de Dios como una alternativa conveniente para no pensar. De modo que este tipo de persona espera que Dios ponga las respuestas a sus preguntas y la solución a sus problemas. Ahora bien, Dios es libre de hacer eso si Él desea hacerlo pero la forma normal por la que Él guía es a través de los procesos mentales que Él ha creado y no a pesar de ello (Stott, 1996).

3 Ross, A. P. (1996, p. 31). Cf. Luna, V. (2004, p. 365).

La idea es que Dios promete ayuda, pero no promete guiarnos como se les da el rumbo a los caballos y a los mulos. Así que, como el ser humano tiene discernimiento, debe usar la mente que Dios le dio como su imagen. Nos orienta como criaturas racionales.

No podemos olvidar que en el ministerio de los apóstoles la apologética y el avance del Evangelio van de la mano. Pablo definió su ministerio en cinco palabras en 2 Corintios 5:11: «Tratamos de persuadir a todos». Texto que inspiró a los santos padres apologetas de la Iglesia latina y griega a partir del siglo segundo de nuestra era cristiana.

Sin embargo, uno no puede persuadir a las personas si no desarrolla argumentos. Persuadir es usar argumentos para convencer a los individuos. Hay que aclarar que san Pablo confiaba en el Espíritu Santo y solo Él puede llevar a la gente a creer en Jesús pero, el Espíritu Santo que hace eso es un Espíritu de verdad. Él nos lleva a Jesús, no a pesar de la evidencia, sino por las evidencias cuando abre nuestra mente para entenderla.

Dentro de todas estas categorías que hemos analizado someramente, hay un principio inamovible para la teología judeocristiana. Y es que hemos de ratificar y recordar que hemos sido creados para seguir los pensamientos de Dios.

La gloriosa realidad de que Dios es un Dios que se revela al ser humano indica la importancia de nuestra mente. Toda la revelación divina es racional, de hecho Dios habla al ser humano a través del cosmos y proclama su gloria divina, aunque el mensaje sea sin palabras. El salmista nos dice que

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol (Sal 19:1-4).

Para Luis Alonso Schökel,

El cielo revela al hombre dos cosas, el orden y la alabanza. El orden como hecho ontológico, la alabanza como interpretación de lenguaje. El autor lo dice en términos metafóricos, lo cual no impide que algún autor moderno descubra en la metáfora una raíz metafísica, que se podría prolongar mentalmente hasta la visión del lenguaje como «casa del ser»; o recordando el admirable principio escolástico

«*ens est verum*». Volvamos al salmo: al comunicar esas dos cosas, la naturaleza interpela al hombre, invitándole a la alabanza y la obediencia. Como el cielo alaba y el sol obedece, así debe proceder el hombre. El valor ejemplar del orden cósmico lo encontraremos también al final del Salmo 104 (1992, p. 337).

En términos filosóficos y sobre la base del comentario del Salmo citado, hemos de interactuar con Romano Guardini para quien la «estructura simbólica de la naturaleza», apunta al Creador, y solo se percibe por vía de la contemplación racional.

Por tanto, es de suprema importancia la capacidad humana que se da por sentado para leer lo que Dios ha escrito en el universo. De ella depende la investigación científica de la correspondencia del carácter de lo que se investiga y la mente del investigador. Esta correspondencia es la racionalidad. La mente humana es importante, porque el cristianismo es una religión revelada precisamente para seguir los pensamientos de su Creador.

Nuestros lectores deben saber que hemos sido creados con una mente renovada. La redención que Dios logró mediante la muerte y resurrección de su Hijo Jesucristo lleva consigo la renovación de la imagen de Dios en la persona, distorsionada por la caída. En esta renovación se incluye la mente. Pablo dijo a los creyentes que el nuevo hombre de que se habían revestido se iba renovando hasta el conocimiento pleno, conforme a la imagen del que lo creó (Col 3:10) y los exhortaba a renovarse en el espíritu de su mente (Ef 4:23).

Finalmente debemos saber que «el dominio de la ciencia es explorar la naturaleza. El dominio de Dios es el mundo espiritual, un reino que no se puede explorar con las herramientas y el lenguaje de la ciencia. Se debe examinar con el corazón, la mente y el alma —y la mente debe encontrar un modo de abrazar ambos reinos» (Collins, 2017, p. 14). El mayor problema es que

La mente cristiana ha sucumbido, dejándose arrastrar por lo secular con un grado de debilidad y enervamiento sin paralelo en la historia cristiana. Es difícil hacer justicia con palabras a la completa pérdida de intelectualidad en la iglesia del siglo XXI. No se le puede caracterizar sin recurrir a un lenguaje que pareciera histérico y melodramático. Ya no existe una mente cristiana. Hay desde luego una ética cristiana. Pero como ser pensante el cristiano moderno ha sucumbido a la secularización. Esta situación es una triste nega-

ción de nuestra redención por Cristo, de quien se nos dice que «nos ha sido hecho por Dios sabiduría (1 Co 1:30)» (Stott, 2004, p. 16).

Por eso debemos saber que Dios nos juzgará por nuestro conocimiento: por nuestra respuesta o falta de ella a su revelación. Por eso, negar la importancia de la capacidad racional del ser humano es un modo de pensar negativo que hace daño al trabajo de la Iglesia en el mundo. Insulta a Dios, que nos hizo a su propia imagen como seres racionales, empobrece nuestro discipulado cristiano y debilita nuestro testimonio. No es una verdadera piedad, sino parte de la moda del mundo, y, por consiguiente, una forma de mundanidad. Denigrar la mente es socavar a Dios mismo, quien nos ha creado seres racionales.

Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, les dé el Espíritu de sabiduría y de revelación, para que lo conozcan mejor. Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos, y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos. Ese poder es la fuerza grandiosa y eficaz (Ef 1:17-19).

Conclusión

«Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio, para que discernan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios».

Filipenses 1:9-11

«Pedimos que Dios les haga conocer plenamente su voluntad con toda sabiduría y comprensión espiritual, para que vivan de manera digna del Señor, agradándole en todo.

Esto implica dar fruto en toda buena obra, crecer en el conocimiento de Dios y ser fortalecidos en todo sentido con su glorioso poder. Así perseverarán con paciencia en toda situación».

Colosenses 1:9-11

La repetición de las palabras conocimiento, sabiduría, inteligencia es notable. No cabe duda de que el apóstol las consideraba esenciales para la vida cristiana. Dios se revela a todo nuestro ser y espera que le respondamos de la misma manera.

La razón despliega unas posibilidades en su orden propio pero, siguiendo el principio general de emergencia (según el cual un dinamismo acrecienta su despliegue cuando se integra en formas superiores de realización), podemos decir que la razón, una vez inserta en la expresividad propia de la fe, despliega nuevas posibilidades de comprensión y expresión, crea un mundo nuevo de verdad, sentido y esperanza (González de Cardenal, 2008, p. 13). Tal cual como expresara el teólogo Hans Urs von Balthasar:

Toda la teología cristiana está condicionada por la situación. En caso contrario, no sería teología de una revelación histórica. Todo libro de la Biblia, toda aserción de Jesús, están condicionadas por la situación, por ser plenamente históricos. La gran teología cristiana toma parte en el misterio de la Escritura, que consigue en su propio condicionamiento situacional la vitalidad que garantiza y confirma su validez sobrenatural (1986, p. 34).

Referencias

- Aranda, A. (2006). Imagen de Dios en Cristo – Hijos de Dios en Cristo, una relectura de la antropología paulina. *Scripta Theologica*, 38.
- Bonhoeffer, D. (1969). *Resistencia y sumisión*. Barcelona: Ariel.
- Collins, F. (2017). *¿Cómo habla Dios? Evidencia científica de la fe*. Barcelona: Ariel.
- Cordovilla Pérez, Á. (2012). *Crisis de Dios, crisis de fe, volver a lo esencial*. Santander: Sal Terrae.

- González de Cardenal, O. (2008). *El quehacer de la teología*. Salamanca: Sígueme.
- Luna, V. (2004). Aspectos filosóficos de la imagen de Dios en el hombre: estudio en la obra de Domingo Báñez (1528-1604) *Cuadernos de filosofía* XV. Pamplona: EUNSA.
- Reinhardt, E. (2006). *La dignidad del hombre en cuanto a imagen de Dios: Tomás de Aquino ante sus fuentes*, *Scripta Theologica*, 38.
- Ross, A. P. (1996). Génesis, en *El conocimiento bíblico*. Puebla: Ediciones las Américas.
- San Agustín (s. f.). *De vera religione*. Recuperado de https://www.augustinus.it/spagnolo/vera_religione/index2.htm
- Schökel, L. A. (1992). *Salmos*. Navarra: Verbo Divino.
- Stam, J. (2004a). Ética y estética del discurso teológico, En Arturo Piedra (Ed.). *Haciendo teología en América Latina*, San José: Universidad Bíblica Latinoamericana.
- Stam, J. (2004b). Los toros que son y la puerta que es. *Haciendo teología en América Latina*.
- Stott, J. (1996). Cómo desarrollar una mente cristiana. Recuperado de http://www.iglesiareformada.com/Stott_Desarrollar_Mente.html
- Stott, J. (2004). *Creer es también pensar*. Buenos Aires: Ediciones Certeza.
- Tamayo, J. J. (1998). *Para comprender la crisis de Dios*. Navarra: Verbo Divino.
- Vargas Llosa, M. (2012). *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara.
- von Balthasar, H. U. (1986). *Gloria*. Madrid: Encuentro.